



# ARTE - HISTORIA FILOSOFIA Y LITERATURA EN RELACION CON LA MEDICINA



## LA "VÍPERA," FAMOSO MEDICAMENTO DEL SIGLO XVIII

por

PASCUAL-DOMINGO JIMENO Y JIMENO

De la Real Academia de Farmacia. Inspector farmacéutico municipal.

*Adquire sabiduría y engrandece tu inteligencia, que ella te honrará cuando tú la hubieres abrazado.*—LOS PROVERBIOS.

En la curiosa y dilatada relación de simples medicinales de origen animal estampados en los antiguos tratados de Farmacia, destacan nombres tan sugestivos como unicornio, víbora, uña de la gran bestia, diente de jabalí, priapo de ciervo, corazón de cogujada, sangre de ánade, ménstruo de mujer, estiércol de cigüeña, cuerno de búfalo, etc., etc.

De todos ellos, llena nuestra atención la *víbora* o *víbora*, el famoso simple que desde los primeros tiempos fué tan vivamente debatido por los más esclarecidos autores de las ciencias médicas, y que aún vemos retorcidos con sus reflejos azul verdoso en redomas espirituosas por rincones de viejas reboticas que muestran su traza primitiva y el rancio sabor farmacológico de la dieciocho centuria. La víbora era algo más trascendental que un animal venenoso, del que huimos aterrados ante lo terrible de su picadura; por el contrario, en aquellos tiempos en que el empirismo luchaba con la razón, a la víbora se la buscaba con inusitado afán; se la cogía y cuidaba con singular cariño; después se la excitaba para activar su veneno, y al fin, moría a manos de un sapiente preparador de fármacos.

Y buscando los orígenes en que la víbora fué considerada como preciado medicamento, nos remontamos a los tiempos heroicos; días de la mitología griega, albores de las ciencias médicas exaltadas en sus comienzos por la extraña figura de cuerpo de caballo y cabeza de hombre, de Centauro Chirón, hijo de Saturno y de Filiria; habitaba las montañas de Tesalia, y allí estudió con afán las propiedades de las plantas, curando la ceguera a Fénix, hijo de Aminto; puso cátedra médica, y enseñó a los héroes de la *Iliada* el arte de curar; murió de una herida que le causó una flecha de Hércules empapada en sangre de la hidra de Lenna. Su mejor discípulo fué Esculapio, hijo de Apolo y de Coronis; sus maravillosos conocimientos en el arte de curar le dieron el nombre de dios de la Medicina; curó y volvió a la vida a Hipólito, hijo de Feseo, que había sido despedazado por los monstruos marinos; esta curación irritó a Júpiter, que envió un rayo a Esculapio, matándolo; pero Apolo vengó su muerte con la de los ciclopes, que le habían suministrado rayos. Júpiter se enfureció con esto, y arrojó del cielo a Apolo, y éste, en su destierro, guardó los ganados del rey Adneto.

La figura gloriosa de Esculapio quedó grabada en los templos sagrados que las ciencias médicas levantaron en los fértiles valles de Cos, en las elevadas montañas de Megalópolis, en los bosques famosos de Epidauro, en las riberas azules de Cyllena.

Atenas nos presenta la bella escultura de Esculapio

mostrando su pecho desnudo, terciada la túnica y apoyada su diestra mano en largo báculo, en que se enrosca una serpiente.

A esta representación de Esculapio con la vara nudosa y revuelta a ella el enigmático ofidio se le han dado diversas interpretaciones. Fray Esteban de Villa, en su tratado de *Los doce principios de la Medicina*, dice: «O para significar su fabuloso nacimiento en figura semejante, o para dar a entender que puede la Medicina sacar antídoto de su veneno, o para decirnos la prudencia que ha de tener el médico de que es símbolo la serpiente, según lo de Cristo por San Mateo, capítulo 10: *Estote prudentes sicut serpentes*; porque este animal sabe cómo se ha de remozar y a qué tiempo, como también buscar el colirio que ha menester para aclarar la vista, comiendo del hinojo cuando sale de lo cavernoso de la tierra a gozar del verano y desechar la torpeza que tuvo dentro.»

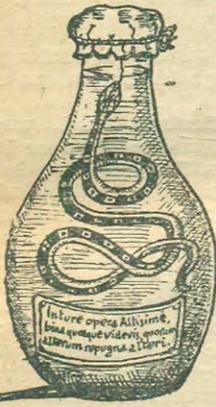
Ya el primer hombre advirtió la astucia del rastreador animal en la fatal seducción de Eva; Moisés fabricó la histórica serpiente de bronce; los fenicios la llamaron el demonio bueno; los egipcios representaban al mundo por una serpiente metida en un huevo, dándole el nombre de *Ouraios*, y su imagen, labrada en oro, se colocaba en la cabeza de los dioses, en la mitra de los reyes y héroes de Egipto; en la corona de los faraones representaba el poder sobre la vida y la muerte, y en la diadema de Ra, el sol de mediodía. Los griegos y romanos vieron en ella el emblema de la eternidad, y la dedicaron culto, inspirados también por la creencia de que era la reveladora de las artes y la civilización; el culto griego de las serpientes de Asklepios influyó en los romanos, siendo notable la cueva de la serpiente de Lanuvium, adonde se llevaba anualmente a las vírgenes para probar su castidad; en el santuario de Apolo vivían serpientes alimentadas por una sacerdotisa núbil; concediéronla también el poder de procurar o alejar la lluvia, y fué símbolo de la fertilidad. Los germanos experimentaban una especie de temor religioso hacia las sierpes, y su belleza y veneno fueron objeto de medrosa veneración; en tradiciones germanas se ve cambiar recíprocamente de aspecto los hombres con las sierpes; tal era su veneración hacia ellas. En la Edad Media la vemos esculpida en obras de arte simbolizando la tentación, la impiedad, la codicia, etc. La facultad de rejuvenecerse cuando en primavera muda su piel escamosa, la habilidad para desaparecer, así como la destreza con que se mueve; las figuras enigmáticas que dibuja al plegarse sobre sí, el brillo y poder fascinador de sus ojos, su fuerza, su longevidad, el peligro de su mordedura, todo, en fin,

Impresionó la imaginación de sabios y profanos, viéndose en el singular ofidio un ser de extraña condición, al que concedieron cualidades de orden superior.

Mito de la sabiduría y símbolo de la vida y de la salud, Plinio entonó sus famosas epístolas en canto a tan maravilloso portento, y la serpiente se elevó al trono de la Medicina para suministrar remedios preciosos al arte de curar. El hombre de ciencia puso en ella su máxima atención, y eminentes farmacólogos estudiaron detenidamente la *vípera*, encontrando en sus entrañas las más sorprendentes virtudes terapéuticas.

\*\*\*

En la rebusca por la vieja botica de mis antepasados encontré una redoma polvorienta en cuya rótula, casi ilegible, pude descifrar esta extraña leyenda: *In tuere opera Altissimi, bina quoesque videbis, quorum alterum repugnat alteri*; la pócima que respondía a esta admirable sentencia era nada menos que una magnífica víbora conservada en alcohol. Y meditando el sentido teológico del Eclesiastés, autor de esta inspirada filosofía, y con el que así quiso escudarse el verdadero valor medicamentoso del ofidio, deducimos aleccionadoras consecuencias siguiendo al erudito escritor y célebre boticario de la corte de Madrid, reinando Felipe V, don Félix Palacios, en cuya *Palestra farmacéutica* inserta luminoso discurso preliminar con



VÍBORA CONSERVADA  
CON LA MÁXIMA DEL ECLESIASTÉS

noticias muy extensas del veneno de la víbora, comentando la máxima del Eclesiastés, que en castellano dice así: «Mira las obras del Altísimo, y verás dos cosas: que la una repugna a la otra.» Y, en efecto, según los más sabios tratadistas de la época, la víbora tenía la virtud de ser el antídoto de su propio veneno.

Pero veamos primero cómo el doctor LEMERY, en su curso químico de 1675, define lo que es la víbora. Sin detenerse en consideraciones fabulosas que los antiguos han hecho sobre el nacimiento de la víbora, dice que es una especie de serpiente que nace viva del vientre de su madre; por esto se llama *vivipara*, y, por corrupción de la lengua, *vípera*. Que es animal muy común en el Delfinado, en el Poictu, de donde se importa a Francia, y que en España se crían en las sierras de Segura y en el obispado de Avila, que son de las que se surte Madrid «quando está en el campo, come varios animalitos, de que se nutre; pero estando encerrada, se puede guardar viva un estío entero, sin que coma cosa alguna, con tal que se la deje bastante aire». Es conveniente, agrega LEMERY, el tomar las víboras en la primavera o en el otoño, porque entonces están más crasas y más vigorosas. «Quando la víbora está irritada, echa fuera una lengua abierta, que parece un tizoncillo de fuego, por causas de sus espíritus, que están en gran movimiento; los que no han visto los dientes de las víboras creen que esta lengua es la que hace todo el mal, pero no es venenosa; algunos se la quitan después de cortarle la cabeza, y la traen al cuello como un amuleto para preservarse del aire malo.»

Lo que se ha debatido con verdadero calor ha sido lo concerniente al veneno de estos animales. La mayoría de los escritores de la época están de acuerdo en que la actividad tóxica de este licor depende de los espíritus irritados. Esta opinión es de VALGHELMONT y de POTERIO, según la relación de ZUVELFER en sus ano-



-RECOLECTOR DE VÍBORAS-

Copia de un grabado del «Biopconidg».

taciones sobre «la farmacopea augustana», en donde habla de los trociscos de víboras. Afirma que muchos y grandes hombres han apoyado esta opinión en observaciones curiosas acerca de las mordeduras de los animales irritados, particularmente de la del hombre, del gato, del caballo, del perro, etc. Entre otros, FABRICIO HILDONO dice en sus operaciones de Cirugía que no se debe añadir nada para mostrar la verdad de esta opinión; que se observan accidentes más o menos graves, y esto es debido a la mayor o menor cólera, y algunas veces a una profunda o superficial mordedura de estos animales; este pensamiento parece ser también confirmado por algunas experiencias que CHARAZ anota en el libro de víboras, donde no solamente muestra que los espíritus irritados son exclusivamente el veneno de la víbora, sino también pretende que el zumo amarillo que se halla en la vejiguilla del diente grande, que en principio creyó fuese veneno, no es de ningún modo, porque, habiendo vertido este licor sobre heridas de varios animales, no sucumbieron, y, además, que los que lo habían gustado no experimentaron daño alguno. No obstante esto, el italiano Redi, en su tratado particular sobre las víboras, no admite estas reflexiones. Al contrario, dice que, habiendo puesto este zumo amarillo sobre heridas de animales mamíferos, murieron; y de esto deduce que el veneno de la víbora está en el zumo amarillo, y no solamente en los espíritus irritados, como han pretendido otros, «creyendo que esto sólo era la causa más metafísica». Otros autores muestran el parecer de que el veneno de la víbora tiene su principal origen en la hiel, y que de allí es llevado a la encía cuando el animal está cólico, si bien es verdad, agrega el comentarista LEMERY, que, no habiendo conducto directo de hiel a boca de la serpiente, difícil será que ésta se aloje en los dientes de las víboras, «no consiste sino en una afluencia de sales volátiles ácidas, que el animal arroja con violencia cuando muere, y que estas sales, habiéndose introducido en las venas y arterias, coagulan la sangre e impiden la circulación y el curso de los espíritus». Demuestra con elocuentes razonamientos que lo que se llama veneno de la víbora no envenena, si no es por accidente, es decir, que la actividad del tóxico

sólo existe en el animal vivo, desapareciendo éste cuando la víbora muere, llegando a la conclusión de que la actividad del veneno se destruye con las substancias que encierra la víbora muerta, porque «las partículas que salen de la víbora viva, y que entran por la picadura dentro de las carnes, son muy diferentes de las que se sacan por el fuego de la víbora muerta, que se hacen tomar por la boca; las primeras están en su estado natural puntiagudas, ácidas y coagulantes, en lugar que las otras, por el fuego, han sido embotadas y vueltas porosas, alcalinas y muy rarefactas y disueltas; de suerte, que ellas están en estado de absorber, de romper y destruir las primeras, como siempre sucede en el encuentro de álcalis y ácidos».

Estos asertos, tan elocuentemente expuestos por el sabio profesor de Farmacia de París, nos dan la clave del porqué la víbora encontrada en nuestro viejo laboratorio ostentaba la sentencia del Eclesiastés: «... y verás dos cosas, que la una repugna a la otra.»

\*\*\*

Las virtudes medicinales atribuídas a las víboras son de lo más variado y sorprendente registrado en los anales de la terapéutica. Siguiendo a FÉLIX PALACIOS, vemos, en primer lugar, cómo han de escogerse las víboras destinadas a la preparación de formas farmacéuticas: «Escogeránse las víboras, las más gordas y más vivas, cogidas en la primavera o en el otoño; se las cortará la cabeza y la cola, se les quitará el pellejo y las entrañas, se lavarán los troncos o cuerpos de ellas en agua y se limpiarán con un paño de lienzo; se pondrán sobre un hilo, dejándoselas secar, y se guardarán; los corazones y los hígados se separarán de la enjundia e intestinos, y se pondrán a secar del mismo modo.»

Con ello se preparan *polvos, trociscos, aceite, sal fija y volátil, espíritu y bezoardico animal*, preconizados para purificar la sangre, para hacer arrojar los humores dañosos por transpiración, para resistir el veneno, para las fiebres intermitentes, para fiebres malignas, para las viruelas, para la peste y semejantes enfermedades. La dosis de los polvos es de ocho gramos hasta un escrúpulo.

El *bezoardico animal* se prepara con los polvos del corazón y del hígado de la víbora desecados al sol, administrados a la dosis de seis gramos a un escrúpulo. La enjundia de víbora es propia para rarefactar los humores, para excitar la transpiración; dase en las fiebres malignas, en las viruelas. La dosis es de una gota hasta seis; exteriormente aplicada, sirve a dolores causados de humores grasos, y fríos, en los tumores; échase en los ojos cuando hay cataratas; entra en el emplastro de ranas.

La sal volátil se obtiene en un largo proceso de laboratorio, destilando las víboras en horno de reverbero hasta que suelten la sal, que queda adherida a las paredes del recipiente, y continuando la destilación se obtiene el aceite. Esta sal volátil, dice LEMERY, «es uno de los mejores remedios que tenemos en Medicina; es buena para las fiebres malignas, para las viruelas, la apoplejía, perlesía, epilepsia, las enfermedades histéricas y para las mordeduras de todas las bestias venenosas; la dosis es de seis hasta dieciséis granos en cualquier licor apropiado».

El aceite de víboras se daba a oler a las mujeres histéricas, para abatir los vapores y untar las partes tocadas de perlesía; pero su olor es tan fétido, que apenas se puede sufrir. El espíritu tiene las mismas propiedades que la sal, siendo su dosis la de diez hasta treinta gotas.

El agua sudorífica de víboras se preparaba con víboras vivas colocadas en una cucurbita grande de barro, haciendo destilar en baño maría toda la humedad que podía salir, y advierte el autor del *Curso químico* que se opere con cuidado, porque cuando las víboras se sienten calientes, saltan y se arrojan con tal impetu, que pueden salir fuera del alambique; «entonces no tendrá mucha seguridad el artifice, porque, irritados estos animales, se arrojan por todos los lados, y su mordedura en este tiempo es mucho más dañosa.» Dice que esta agua es sudorífica, porque al destilar arrastra sales volátiles. Se administra una dracma hasta media onza, en un licor apropiado; y se eleva su actividad «cuando las víboras están en su mayor rabia».

Los cuerpos enteros de las víboras se conservan por mucho tiempo, dispuestos siempre para ser utilizados en la práctica farmacéutica. A este fin, después de secos se impregnan suavemente con bálsamo del Perú, evitando así pudiesen ser atacados por larvas y agentes destructores de la materia orgánica.

Entre las diversas preparaciones galénicas que los antiguos elaboraban partiendo del cuerpo de las víboras, hemos de reseñar los llamados *trociscos de víboras*, confeccionados con el polvo de los cuerpos desecados, y el mucílago de alquitira, hecho con vino blanco generoso. Formados los trociscos, y una vez secos a la sombra, se les barnizaba con el bálsamo del Perú, y, envueltos en papeles blancos, se reponían para el uso. Específicos para todas las enfermedades de origen maligno; hacen salir por transpiración los humores dañosos, resisten la putrefacción, purifican la sangre y aumentan las fuerzas. La dosis queda marcada de medio escrúpulo hasta una dracma.

Advierte Félix Palacios en su *Palestra* que deben desecharse los procedimientos llevados a cabo por Andrómaco y los demás autores antiguos, fundados éstos en que las víboras, después de muertas, contenían aún partes venenosas, por lo cual las hacían cocer, después de haberlas castigado, dentro de un perol caliente, para irritarlas y hacer que su veneno se fuese a las extremidades—cortando cabeza y cola—en agua salada con eneldo, hasta que se despegase la carne, que, después de machacada, la mezclaban con pan seco pulverizado, para formar trociscos. Así quedaba muy atenuada la verdadera virtud medicamentosa del fármaco.

Son los trociscos de víboras una de las sesenta y seis substancias que entran en la composición de la célebre *triaca magna*; fué dictada por Andrómaco, médico de Nerón, cantándola en un poema griego de versos elegíacos y dedicados a dicho emperador.

La denominación de triaca fué dada en tiempo de Trajano, llegando a ser sinónima de contraveneno, teniendo en cuenta la etimología de la palabra *thebriaca*, derivada de *therion*, animal venenoso, por lo cual se destinó a la curación de las mordeduras de animales ponzoñosos. BORDEN, médico francés del siglo XVIII, la concedía excepcionales propiedades terapéuticas, diciendo «que posee todas las virtudes necesarias para modificar los efectos de las incomodidades que afligen a la especie humana. Consuela la naturaleza del hombre, la reanima en todos los casos de debilidad, de languidez, de tristeza; restablece las funciones del estómago; ella excita un tumulto de exageraciones para poner en orden los desarreglos de esta viscera importante. Los efectos son admirables en muchos casos, cuya aplicación es opuesta, al parecer, porque todos los estómagos la reciben bien».

Es una de las confecciones que más fama ha gozado en todos los tiempos, siendo su elaboración uno de los acontecimientos farmacéuticos que han hecho his-

toria en nuestros anales. Con fecha 15 de marzo de 1732, el rey Felipe V concede honroso privilegio al Colegio de Boticarios de la villa de Madrid para que por siempre jamás pueda fabricar y elaborar con toda puntualidad y observancia la *triaca magna* de Andrómaco. Así, pues, se preparaba en toda clase de solemnidades, siendo el Colegio de Madrid el único que puede expendirla y ponerla precio.



ALBARELO DE TALAVERA CONTENIENDO LA TRIACA MAGNA DE ANDRÓMACO \*

La séptima edición de la *Farmacopea Española*, año 1905, aún registra en sus páginas la triaca, pero reducido a diecinueve el número de sus componentes, quedando en ella suprimidos los trociscos de víboras, siendo su acción terapéutica, antiespasmódica, tónica y calmante.

Aún queda algo más sorprendente de lo que en sí encierran las víboras, y es que, no sólo se utilizaron como preciado medicamento, sino que fueron un exquisito manjar con excelentes propiedades alimenticias; así lo refiere Chavaz, diciéndonos «que no hay cosa alguna en la Naturaleza que pueda tener con mejor derecho el título de alimento y de medicamento que las víboras, pues ellas igualmente suministran un buen nutrimento y muy buenos remedios; ellas no tienen en todo su cuerpo parte alguna que no sea útil, y de que los artistas no puedan sacar alguna cosa nueva. Los más de los autores aseguran haber diversas partes del mundo en donde muchas personas y aun pueblos enteros se nutrían y aún se nutren de carne de víboras, y que en sus grandes festines hacían de ellas los más especiales y exquisitos manjares; y hay también algunos que dicen haber pueblos que, por el uso de la carne de las víboras, prolongaban extraordinariamente su vida, y que llegaban a la edad de ciento cuarenta años. Que hay y ha habido muchas personas que las comen guisadas y otras sus caldos, unos por gusto o por fortalecerse y nutrirse más, y otros por curar diversas enfermedades; y hay muchos que defienden que las víboras comidas, ordinariamente, remozan las personas que las usan».

El doctor LAGUNA, comentador del libro de Dioscórides, anota en la traducción que Plinio señala al médico de César Augusto, Antonio Musa, que ha dado a comer víboras, sanando con ellas toda llaga incurable.

Y no queremos cerrar esta Memoria sin exaltar la figura de la hermosa Cleopatra, reina de Egipto, cuyo desventurado fin se enlaza con la del áspid ponzoñoso que infiltró en el rosado pecho de la bella faraona el licor venenoso que ocasionó el fatal desenlace de aquella vida azarosa colmada de placeres.

Afamados artistas, como Guido Recci, Luna Novicia y Juan Collier llevaron al lienzo la emocionante escena en la que Cleopatra, adornada de sus mejores galas, acariciaba la suave piel del ofidio, la cautelosa víbora, que, escondida en el oloroso canastillo de fibras, con su lengüecilla titilante y el brillo fascinador de sus ojos, busca la regia presa, clavando sus agu-

dos dientes en la carne fina y sedosa de la reina de Egipto, quedando así inmortalizada, una vez más, la extraña condición del más temido y admirado de todos los animales.

\*\*\*

Recopilando cuanto llevamos expuesto, podemos deducir ciertas conclusiones, que, no sólo han de hacer resaltar la figura enigmática de la serpiente, crida de imaginarias leyendas y exaltadas tradiciones, sino hacernos comprender el estado de las ciencias médicas en aquella época de transición en que, reminiscencias de la alquimia, con toda la corte de empirismos y fantasías, va dejando paso a la razón y a la experiencia, fundando los hechos en bases científicas que elevan el prestigio y autoridad de los sabios de la dieciocho centuria.

El vivo afán por descubrir la piedra filosofal, persiguiendo la idea de convertir los metales en oro, así como el tenaz empeño de lograr el elixir de larga vida, abrió dilatado campo en las operaciones de laboratorio, y éste fué el templo donde comenzaron con verdadero acierto los nuevos descubrimientos y el estudio experimental de determinados fenómenos, dictándose leyes y normas en las que habían de asentarse los cimientos de la ciencia quimicofarmacéutica.

Deslindados definitivamente los campos de la Medicina y de la Farmacia, ésta señaló un nuevo rumbo en la trayectoria de sus destinos encauzando sus enseñanzas por el camino de las más elevadas concepciones. La verdadera Química penetró con impetu en el seno de los laboratorios galénicos, y el medicamento comenzó a prepararse con atinados fundamentos.

Y así, vemos cómo Félix Palacios, inspirado por las nuevas orientaciones del profesor Lemery, rechaza con elegante postura las rancias teorías de su compatriota Basilio Flores, defensor de las máximas de Mesué, desenmascarando a *embusteros y chariatanes* y combatiendo empirismos y antiguallas de vieja escuela.

Los simples medicinales, como lo fué la víbora, no fueron elegidos ya por lo que en sí encierran de empírico o fabuloso; en sus entrañas existían elementos químicos y biológicos que respondían de un modo científico a sus propiedades terapéuticas; y si hoy nos parece irrisorio el que tales fármacos tuviesen virtudes curativas tan sorprendentes, no olvidemos que muchos de ellos abrieron horizontes en que hoy se fundamentan la moderna opoterapia y los procedimientos de la Química sintética. Fué el momento en que las tinieblas comenzaron a disiparse y lucir la luz de la verdad. Se oye el nombre de Lavoisier, el gran químico francés que fundó escuela; su eco resuena con elevado tono en los profundos arcanos de oscuros laboratorios, y la antorcha encendida de los grandes destinos iluminó con destellos precursores la aurora de nuevos días.

La ciencia farmacéutica se afianzó con mano firme en su trono, extendiendo los pliegues de su manto morado, la clámide bienhechora que derrama a manos llenas anhelos de paz y aromas de salud.

Por eso, al hacer un recuerdo de la *viperá*, como famoso medicamento, queremos testimoniar nuestro respeto y veneración a aquellos esclarecidos farmacéuticos que firman con letra de oro los días venturosos del siglo XVIII, y cuyos nombres, estampados en los anales de la Farmacia, exaltamos hoy con el más encendido homenaje.